

LA HISTORIA TRAS LA PIEDRA

*Esta mujer no avanza por la acera
de esta ciudad.*

Esta mujer va por un campo yerto.
(Dámaso Alonso)

Bajo este cielo ya no hay lengua que me nombre.
(Ángelo Néstore)

En Malasaña, calle del Pez 42, hay una estatua de bronce esculpida por Antonio Santín. Representa a una muchacha joven, de melena corta, vestida a la moda de los años veinte del siglo pasado, quizá en homenaje a su visión futurista. El escultor se basó en una leyenda que circula todavía por Madrid. Por eso tituló su obra "Tras Julia", pues Julia es el nombre de la chica que protagoniza la leyenda, una joven de mitad del siglo XIX que, para conseguir su gran sueño de graduarse en Derecho, tuvo que estudiar la carrera disfrazada de hombre.

Antonio Santín esculpió a una mujer, no a un hombre disfrazado -ya es hora de mostrarse a pecho descubierto-, le puso unos libros en la mano y buscó dentro de sí para reproducir un rostro que personificara en una a las cientos de mujeres anónimas que tomaron un lápiz como espada y un libro como escudo para librar la batalla número *ene* de la lucha por la Igualdad.

La Julia de Malasaña, calle del Pez 42, no se parece físicamente a mí. Desde luego, ahora ni siquiera yo misma me parezco a mí. Miro el viejo álbum, del que se van despegando algunas fotografías dobladas en las esquinas (los años lo arrugan todo: los rostros, los papeles y los recuerdos), me detengo a contemplar la tersura de mis mejillas, la vivacidad de mis ojos, mi cabellera oscura, exuberante y aquel cuerpo mío, de pecho alto y cintura fina, y me digo que ahora todo está del revés: cintura ancha, pecho bajo, ojos cansados, mejillas arrugadas... Solo conservo el pelo, que sigue siendo abundante gracias al Cielo y oscuro gracias a la química.

Pero la chica de la estatua sí que se parece a mí en el nombre, y no por casualidad. Porque Julia es mi nombre y me lo pusieron por el hermano de mi bisabuela, que fue la primera persona de la familia con estudios universitarios hasta que mi hija Alma se licenció en la Complutense.

Hoy día soy yo la única que conoce la historia, por eso quiero dejar constancia de ella aquí, por escrito, antes de que la tierra me reclame. Sé que la encontrarás tú, Julio, mi bisnieto, el que se pasa horas haciéndome compañía, el que me graba canciones de Manolo Escobar para hacerme sonreír y boleros de Lucho Gatica para hacerme llorar. Sé que leerás mis palabras y las cartas de aquella Julia que no vestía, como la de Malasaña, falda y suéter -tan liviana, tan linda- sino ropas de hombre, el pecho vendado, las cejas ennegrecidas, los labios fieros.

Mediada la década de los cuarenta yo tenía doce años, casi trece. Mi madre se ganaba la vida lavando ropa para un internado de señoritas y a nosotros nos dejaba en casa de la tía Almudena, hermana de mi abuela.

Recuerdo a la tía Almudena como si la estuviera viendo. Era viejísima (debía andar entre los noventa y el siglo) pero parecía más joven a pesar de sus vestidos negros. Tenía unos ojillos castaños, vivarachos, que entrecerraba en busca de la nitidez que había perdido con los años.

Mi hermano solía salir a jugar con los zangolotinos de la calle apenas acabábamos de merendar. Al principio yo también iba con ellos, pero eran todo chicos y pronto empezaron a darme esquinazo, así que me resigné a quedarme en el piso. La tía Almudena me ponía un ratito a hacer vainica -una especie de inútil bordado que consiste en sacar hilos para hacer agujeritos al filo de un trapo- pero, como sabía que coser no era mi pasión, al cabo de media hora me hacía un guiño que significaba "ya basta por hoy" y para mí se abría el mundo secreto de las habitaciones.

El piso era muy grande, de habitaciones amplias que olían a desinfectante de pino y a otra cosa más dulzona que me hacía encoger la nariz al entrar. Contraventanas entornadas para que la luz del sol no estropeará los muebles, madera oscura, telas gruesas, alacenas en las que se podía encontrar cualquier cosa, cajones pequeños, papeles doblados, horquillas, algún broche de perlititas minúsculas, un dedal de plata... Tesoros que me gustaba rozar despacio, con la suavidad con que se acaricia el ala de un pájaro. Desplegaba los telegramas azules, escritos a mano, noticias, noticias buenas, un niño que nace, una esperanza, noticias malas, "mamá muy grave", noticias que cuentan las emociones de una vida, noticias que callan el escalofrío del primer beso, las primeras lágrimas por amor, las ansias, las ilusiones rotas, los pequeños triunfos que dejan una huella luminosa en la memoria.

Era un recorrido diario que la tía Almudena no me impedía nunca. Ella se echaba una larguísima siesta sentada en su mecedora, aprovechando el silencio de la casa mientras mi hermano jugaba y yo iba de habitación en habitación, de mueble en mueble, como quien pasa las cuentas de un rosario. A veces encontraba algo nuevo que se hubiera quedado enganchado por la parte de atrás de un cajón o, al rozar un bolsillo, un papel crujía dentro, sorprendiéndome. Listas de compra olvidadas, cosas para recordar, una cita de un libro...

Así encontré aquellas cartas firmadas por *Julia*.

FRAGMENTOS DE CARTAS:

Querida Almudena:

Espero que a la llegada de ésta estéis bien tú, tu marido y tu precioso hijito. Por aquí todos bien, gracias a Dios, y yo con noticias frescas que me van a cambiar la vida para siempre. Menos mal que te tengo a ti para confesarme, porque son cosas que no puedo contar ni al Padre Cirilo, ya que me exigiría propósito de enmienda y me pondría de penitencia renunciar a mis planes, y eso es imposible.

Pues sí, querida hermanita: ¡por fin he logrado convencer a papá! Sin su aprobación, mi sueño habría sido imposible. Ha tardado años, ¡años!, pero al fin ha dicho "haz lo que tú quieras", y me ha dado el papel con mi partida de nacimiento. He hecho un trabajito delicado, puedes estar segura, y con la ayuda de Emilio los papeles han sido presentados y ¡¡¡me han admitido en la Facultad de Derecho!!! ¡Seré abogado, Almu, será abogado! Mamá y Rosa suspiran y se barrenan la sien entre miraditas de

entendimiento que ya ni me ofenden. Andrés solo ha dicho que no contemos con él para sacarme de fregados. Papá, como te digo, da su aquiescencia por agotamiento, no por convicción. En cambio, Emilio está conmigo al cien por cien, cree en mí y tiene grandes planes para cuando los dos nos hayamos graduado. Su seguridad hace que me crezca dos palmos. ¡Que alguien crea en mi propia valía es tan importante! Si he continuado con mi empeño ha sido gracias a él y gracias a ti, que tanto me animabas cuando compartíamos almohada. ¡Cuántas veladas de estudio y de sueños, cuántas noches con la vela encendida y tú con los ojos tapados para que yo pudiera estudiar mientras los demás dormían! Y después de casarte, tus cartas de ánimo han sido mi bastión. Emilio y tú —mi novio y mi hermana— sois mi motor.

...

Querida Almudena:

Lo primero que hago al llegar a casa es meterme en mi cuarto para aflojarme las vendas con que me aprieto los pechos y sacarme las botas de Andrés, que tengo que rellenar de trapos para que no me hagan rozaduras. ¡Qué alivio, qué ansias de respirar hondo! Sin embargo no es al desnudarme cuando me siento libre sino al “disfrazarme” cada mañana, pues esta opresión es lo que me permite acceder al conocimiento, y el conocimiento es libertad.

Cuando me vieron en casa con el pelo corto, se armó la marimorena. Mamá se encerró llorando en su cuarto y toda la tarde estuvo Rosa subiéndole tilas. Ella misma iba de acá para allá con los labios tan apretados que formaban una línea recta. Te van a salir arrugas, le dije, y entonces frunció también el ceño. ¡Por primera vez comprendí eso que dice la gente, que Rosa es la viva imagen de papá! Siempre me había parecido una exageración, pero con los labios finos y el entrecejo arrugado, es clavadita a él, no puede negar su filiación.

Andrés se rio lo que quiso, era de esperar. Emilio me acarició la cabeza y ensortijó sus dedos en mis rizos cortísimos, no sé si con nostalgia o con ternura, pero me gustó su expresión. Luego me besó en la boca (no te escandalices, que tú también te besabas con tu Eloy) y me susurró que me encuentra guapa de todas formas y que con el pelo corto parezco una parisina.

He empezado a fumar para que la voz se me enronquezca y procuro alargar los pasos, agitar los brazos exageradamente... virilizarme, en suma, pero aun así creo advertir ciertas miradas de soslayo que me atemorizan. ¿Sospecharán que bajo estas ropas ásperas laten el corazón y la piel suave de una muchacha? ¿O es mi culpabilidad la que hace que cada ojo me parezca un dedo acusador?

...

Ay, mi querida Almu, acabo de llegar y todavía estoy temblando. Me he encerrado en la habitación y le he pedido a Rosa que no me molesten con comida ni con tilas u otras zarandajas. Necesito estar sola para dar rienda suelta a mis nervios y poder contarte lo que me ha sucedido.

Hace unos meses que me fijé en uno de mis compañeros, un joven de cabellos castaños y tez clara que engola la voz de una manera que me dan ganas de toser cuando lo oigo hablar, lo que, por cierto, hace en muy pocas ocasiones. De ojos grandes e inteligentes, me parecía agraciado con unos rasgos más finos de lo corriente. Me extrañó al poco tiempo observar que sus manos son pequeñas, de dedos regordetes, con las uñas mordidas hasta la carne viva. Lo observaba más cada vez porque notaba que él

también me observaba a mí; a veces sentía una especie de presión en la nuca que me obligaba a volverme, y entonces él apartaba la mirada apresuradamente. En un par de ocasiones me sonrió de lejos con una especie de... ¿complicidad? No sé explicarlo, Almu, pero yo no me atrevía a devolverle la sonrisa. Empecé a pensar si sería... ya sabes... un desviado. Todos sabemos que hay hombres así, que sienten atracción por otros de su mismo sexo. Desde luego, yo nunca he conocido a ninguno, pero Emilio dice que hay más de los que creemos, solo que lo ocultan con el máximo cuidado. Incluso -siempre según Emilio- los hay entre nosotros, casados y con hijos. ¡No puedo imaginarlo! Es completamente contra natura. Sin embargo, al reflexionar me viene a la mente aquel perrito que tuvimos de pequeñas, Bobi. Mamá hizo que se lo llevaran al campo porque tenía "novios", ¿te acuerdas? Ella no nos lo dijo nunca a nosotras, por supuesto, pero yo la oí hablando con papá y, como no podía comprenderlo, le pregunté, y él me explicó que a veces los animales muestran tendencias extrañas y que no podemos culparlos porque, como no tienen conocimiento, hacen lo que les apetece sin pararse en convenciones. Ahora que sé más, me doy cuenta de que los convencionalismos son una serie de normas inventadas por los hombres y pueden ser completamente erróneas, igual que lo es esta estúpida ley que dictamina que las mujeres no podemos estudiar en la Universidad.

Ay, con los nervios me he salido del tema. En fin, Almu querida: hoy mi compañero me ha alcanzado a la salida de la Facultad y después de caminar unos metros a mi lado, me ha soltado de sopetón:

-¿No te duelen las vendas del pecho? A mí es lo que más.

Me he detenido en seco porque de pronto se me olvidó cómo se camina. Te lo juro, hermana. El corazón se me salía del pecho, el miedo me estrangulaba la garganta como si un zarpazo de tigre me hubiera desgarrado la yugular. Se me aceleró la respiración, se me helaron las mejillas. ¡Lo sabe! ¡Sabe que soy una mujer! Tanta lucha, tanto tesón, ¿para menos de un curso completo? ¿Aquí va a acabarse todo?

Pero poco a poco, mi angustia se fue apaciguando. Este extraño chico de capa y sombrero no se había acercado a mí para delatarme. ¡Claro que no! Si ya su pregunta implica una confesión abierta, una entrega. "Para mí es lo peor". ¡Pero si estaba admitiendo que también "él" es una chica! ¡Mi compañero de las manos pequeñas y las uñas mordidas es una chica como yo, otra mujer que anhela estudiar, avanzar, defender a delincuentes que cometen delitos tantas veces obligados por la necesidad, por el hambre, por la falta de una educación que les ayude a prosperar en este mundo tan ciego e injusto!

Ignorando mi expresión (debía parecer alhelada), mi compañero—compañera me ha tendido la mano y me la ha estrechado con fuerza, diciendo:

-Soy X... -no quiero poner el nombre ni siquiera por aquí, Almu, sé que lo entenderás-. Pero para las amigas, Concha.

Querida Almu, se me han saltado las lágrimas y a ella también, nos hemos mirado largamente y al fin solo he sido capaz de contestar, con voz bronca:

-Yo soy Julia... y para mí lo peor son estas malditas botas, se me cuecen los pies con tanto relleno.

Con las cartas en la mano, me fui para la sala de estar. La tía Almudena dormitaba con la labor sobre el regazo y la gata gris sobre los pies.

-Tía -le oprimí el hombro con cuidado de no hacerle daño y ella entreabrió los ojos-. Tía, he encontrado algo... -y le tendí las cartas. Sus mejillas se rosearon y parecieron

alisarse, como si los años se desprendieran de ellas al mágico conjuro de aquellos papeles que amarilleaban de tiempo.

-¡Julia...! -exclamó, terminando con extraña suavidad.

-¿Quién es, tía? ¿Qué es lo que cuenta?

-¿Lo has leído?

-Sí, he leído algo... Perdóne usted, tía, en cuanto se me ha ocurrido que podía ser algo privado, he corrido a traérselas y a pedirle perdón si he sido indiscreta.

La tía Almudena me estrechó en un abrazo repentino (me clavé los dientes en el labio por lo inesperado de su apretón) y después, cogiendo su labor, me indicó:

-Siéntate, querida. Yo ya no veo -era verdad, pues hacía ganchillo al tacto y no se equivocaba nunca- pero me sé las cartas de mi hermana casi de memoria, y tú ya tienes edad de saber la historia. Además, llevas tu nombre por ella.

-¿Por ella? -me extrañé-. Yo siempre creí que me pusieron Julia por el tío Julio, el de Salamanca.

-En efecto -asintió la tía Almudena-. Tu tío Julio... era mi hermana Julia.

La miré con la boca abierta.

-¿Qué? -inquirí, llena de extrañeza- ¿El tío Julio? ¿El abogado? -yo no había llegado a conocerlo, pero era un mito que siempre se nombraba con orgullo, el único de la familia que había estudiado en la Universidad, un viejo solterón que aparecía en algunas antiguas copias en papel a la albúmina ataviado con levita, capa y sombrero de copa, siempre acompañado de otro caballero más alto, delgado y con bigote que, al parecer, era su socio y amigo desde la juventud.

-Sí, hija mía, sí -asintió tía Almudena-. Tu tío Julio el abogado era mi hermana Julia. La trampa que hizo para poder estudiar como hombre fue, a la vez, su condena. Pero valió la pena, eso me aseguró el día de su muerte; estuve a su cabecera hasta que expiró.

Y la tía Almudena se santiguó y, retomando su labor, comenzó a narrarme el resto de la historia, que intentaré recrear aquí para ti, mi queridísimo bisnieto. Me la he repetido tantas veces que no creo que se me olvide ni una coma; la vejez tiene eso, desgranar recuerdos es lo más parecido a vivir que nos permite.

NARRACIÓN DE TÍA ALMUDENA:

Julia estaba casi a mitad de la carrera cuando recibí una carta suya llena de angustia. Acababa de nacer mi segundo hijo y yo me encontraba, la verdad, bastante deprimida. Se me habían agrietado los pezones y cada vez que el pequeño tenía que mamar, yo veía las estrellas. Después empezaron a sangrarme las grietas y al dolor se le añadió la angustia de que mi hijito pudiera tragar sangre... Bueno, tú eres muy jovencita para entender estas cosas pero no es malo que las oigas, hija mía, que algún día puede que te encuentres en el mismo caso y sin saber a quién recurrir, como me pasó a mí, porque mi madre había tenido mucha teta y tan buena que nos alimentó a todos hasta que empezábamos a hablar, y lo decía con tanto orgullo que yo me avergonzaba de mis míseros pechos y mis tristes pezones, como si fuera una tara que más valdría ocultar a toda costa.

En fin, a lo que iba, que no le presté toda la atención que la pobre Julia necesitaba en esos momentos porque yo también tenía mi propia carga, pero aquello me afectó hasta en la leche, así que imagínate. En resumen: ¡que desenmascararon a su amiga! Sí, a su amiga Concha, que por cierto luego fue una mujer muy, muy famosa y llegó muy lejos

con su propio nombre de mujer: Concepción Arenal. De hecho, con los años fue nombrada Visitadora de Prisiones de Mujeres y trabajó más que nadie por los derechos de los presos. De ella es la famosa frase "Odia el delito y compadece al delincuente".

Tuve el placer de recibir muchas veces a Concha en esta misma casa... Parece que la estoy viendo ahora mismo, con los ojos brillantes y la boca salpicada de migas de galletas... ¡le gustaban muchísimo mis galletas de avena! Muchos años después se presentó a un certamen de ensayo convocado por la Academia de Ciencias Morales y Políticas. Como las mujeres no podían participar en esos concursos, Concha firmó con el nombre de su hijo Fernando, y cuando ganó el primer premio dejó a todos los señores académicos atónitos al desvelar su autoría, pero ya no pudieron echarse atrás. En cambio, sí que la despidieron de un periódico cuando se descubrió que era ella la autora de los artículos de editorial, y también la cesaron fulminantemente en su cargo de Visitadora de Prisiones cuando publicó *Cartas a los delincuentes*, donde hablaba de la necesidad de una reforma penal. Fue un ser humano valiente, una leona, y alcanzó enormes logros con su propio nombre de mujer, lo que mi pobre hermana no consiguió.

...

Perdona, Julita, tienes razón, me olvidaba ya de lo que te estaba contando... Sí, sí: te decía que mi hermana estuvo a punto de enfermar cuando descubrieron que Concha era una mujer. Se le quitó el apetito, se echó encima diez años de repente y se le hundieron los ojos, que ya nunca le volvieron a aflorar normalmente. Bueno, parecía tan enferma que su enamorado Emilio le pidió que renunciara a seguir yendo a la facultad si le iba a costar la salud. Pero ella no se dejó convencer. Quería ser abogado ya que no abogada, y no era cuestión -decía- de poner el parche antes que la herida.

Después de ser descubierta, obligaron a Concepción Arenal a superar varios exámenes, y todo para que la autorizaran a asistir sólo como oyente, y aun así la obligaban a guardar varios metros de separación entre ella y sus compañeros para evitar que se "mezclara" con los alumnos varones, distrayéndolos, pervirtiendo sus mentes o las dos cosas a la vez, que eso no les quedó completamente claro ni a los catedráticos ni a los alumnos ni a ella misma. Escogieron al joven profesor Julián Sanz del Río para acompañarla a un despacho aparte entre clase y clase, como unaapestada. Pero de ninguna manera le permitieron matricularse: era mujer y, por tanto, no podría licenciarse, no podría nunca ejercer.

Por eso mi hermana Julia tuvo que elegir entre volver a ser una mujer de cara al mundo o seguir con su sueño y su engaño para poder ejercer de abogado. Renunció a ser esposa de Emilio, a ser madre, a lucir los vestidos que tantísimo le gustaban, y tal vez nunca se arrepintiera, como me dijo, pero sí notaba yo que su espíritu había perdido la ligereza, la alegría, la risa fácil. Mi hermano Julio era un hombre serio con una arruga severa que le cruzaba el entrecejo, la voz carrasposa de los grandes fumadores y el pelo siempre un poco más largo de lo que se consideraba correcto para un caballero de la época, porque le costaba, hija, le costaba ir a pelarse; ¡le había gustado siempre tanto enredarse los dedos en los rizos de la nuca mientras hablaba! Recuerdo que se le ponían los ojos melancólicos, casi tristes, cuando los pensamientos se le iban lejos. ¡Mi pobre querida Julia! La pérdida de su identidad femenina fue el tributo que pagó mi hermana a cambio de acceder a unos estudios y a una profesión que en aquellos entonces eran considerados "solo para hombres".

Julio, ya por siempre Julio, se graduó con sobresaliente en 1847. Él y su... "amigo", Emilio Arcos, se instalaron en Salamanca y allí montaron un bufete que se hizo famoso

por defender casos en los que se atacaba a los sectores más desfavorecidos de la sociedad. Siempre mantuvieron una estrecha amistad con Concha Arenal. Cuando Julia... quiero decir Julio... cuando Julio falleció, yo me quedé con sus papeles y tengo varias cartas firmadas por Concha que demuestran que el cariño mutuo no se deterioró con el paso del tiempo. Habían vivido juntas unas circunstancias de las que unen para siempre, como unen las batallas a los soldados.

Naturalmente, ni Julio ni Emilio se casaron jamás. Vivían en casas colindantes y lo que hicieran en su vida privada a mí me costó mucho aceptarlo, pero no soy capaz de condenarles. ¡Estoy segura de que en el Cielo rigen otras leyes muy diferentes a las de la Tierra!

A propósito de su intimidad, hubo un fragmento de una de las cartas de mi hermana... hermano... que me aprendí de memoria de tanto como me hizo reír cada vez que la leía y lo imaginaba. Dice así:

“Querida Almu, no hagas ningún caso si te llegan chismes raros acerca de nosotros. ¡Son tan largas las malas lenguas! Al parecer, se comenta que a altas horas de la noche puede verse a través de los visillos (unas veces de mi casa y otras de la casa de Emilio) la silueta de una misteriosa dama que viste a la última moda de la época y se toca con sombreros más propios para lucir en la Castellana que para alterar la madrugada de cualquier ciudadano de bien... No hagas caso, hermanita. O hazlo, si lo prefieres. ¡A veces, las malas lenguas llevan más razón que un santo!”

Aquí la tía Almudena no pudo seguir porque la risa se le trocó en tos y estuvo un buen rato riendo, tosiendo y golpeándose en la rodilla con su arrugada mano color marfil.

Cuando por fin pudo hablar, concluyó:

-¡Ya te he dicho que a mi Julia siempre la habían apasionado las modas!

(Emily X)